

nes de los imperios asirios, babilonio, medo y persa.

CAPITULO IV.

Instituciones babilónicas.

La Babilonia está situada entre el Eufrates y el Tigris, ríos que viniendo de Armenia corren de Norte á Mediodía hácia el golfo Pérsico. El Eufrates, cuyo lecho es poco profundo, y cuyas orillas son bajas como las del Nilo, sale de madre cuando se derriten las nieves; de suerte que el primer cuidado de los habitantes debió ser el proporcionarse terreno y darle salubridad. En efecto, surcaban el país en todas direcciones una multitud de canales, que ponían en comunicacion los dos ríos y servían para regar las áridas campiñas, al mismo tiempo que presentaban una barrera á las invasiones de los nómadas. En el canal régio podían tambien navegar buques mayores. Ciertos lagos artificiales tenían hasta 20 leguas de circunferencia, y con la tierra extraída de ellos se levantaron diques en el Eufrates, pudiendo decirse que este río, encerrado por todas partes dentro de una doble muralla, venía á lanzarse en aquellos grandes receptáculos. Regado de esta manera el terreno, producía el 200 y hasta el 300 por uno en el trigo, lo mismo que en el panizo y en el sésamo, que llegaban á adquirir una altura increíble. Los dátiles y las palmas se ostentaban en la mayor lozanía, en compensacion del olivo, de la vid, de la higuera y de los árboles de alto tronco, á excepcion del ciprés, que escaseaban en el país.

Babilonia, situada no lejos de la India, del Mediterráneo y del golfo Pérsico, á orillas de grandes ríos y entre tan fértiles llanuras, era más apta que ninguna otra ciudad para capital de un gran imperio asiático. En efecto, Babilonia se levantó de nuevo despues de multiplicadas destrucciones, y no pereció sino para ceder la primacía á Seleucia, fundada á orillas del Tigris. Establecida la capital del imperio en esta ciudad por los arsácidas, le sucedió luego Ctésifonte, fundada por los sasánidas; y cuando ésta fué destruida, con las ruinas de las tres se fabricaron Bagdad y Ormuz, siempre en aquellas cercanías.

Cuéntase que Semíramis rodeó á Babilonia de una muralla tan ancha, que podían correr

por ella seis carros de frente. Esta reina construyó en las orillas del Eufrates diques magníficos, y sobre los terrados de las casas jardines donde las aguas elevadas desde el río mantenían perpétuamente el verdor de las flores y de los árboles que purificaban y embalsamaban el aire. Levantó en honor de Belo un templo grandioso, colocando en él la estatua del dios, toda de oro y de 40 piés de altura. Edificó para su propio uso dos palacios á orillas del Eufrates, y para reunirlos entre sí torció el curso del río é hizo construir en el cáuce una bóveda de ladrillos hechos con una liga betuminosa y de cerca de un pié de longitud cada uno. Este antiquísimo túnel tenía 12 piés de alto y cinco de ancho; la bóveda era de siete piés de espesor y las paredes laterales tenían el grueso de 20 ladrillos; cerraban la entrada unas puertas de bronce y todo quedó acabado en 260 días. La ciudad formaba un gran cuadrado de 120 estádios por lado, ó sean 15 millas; el Eufrates la dividía en dos mitades, y sobre él se había construido un puente, que levantándose de noche dejaba una parte de la ciudad incomunicada con la otra. Las márgenes del río eran de ladrillo; las calles estaban tiradas á cordel; las casas tenían cuatro pisos y las puertas de la ciudad eran de bronce. Se refieren singulares maravillas del templo de Belo, que tenía de circunferencia dos estádios, en cuyo centro se levantaba una torre de ocho pisos, de los cuales el primero tenía de largo un estádio y otro de ancho, y en el último había un trono de oro sin estatua. Rodeaba esta torre un ancho foso lleno de agua cuyas paredes estaban vestidas de ladrillos; y con la tierra que de él se había sacado, reducida tambien á ladrillos, se había formado un dique de 200 codos de altura.

Antes de rechazar como fábulas estas narraciones, conviene trasladarse con el pensamiento á tiempos y países muy distintos de los nuestros. La ilimitada extension de las ciudades primitivas se explica si se las considera como vastos recintos de defensa, semejantes á las murallas que en tiempos posteriores opusieron Trajano á los bárbaros, y los emperadores de China á los mogoles. La tienda del vencedor era el centro, en torno del cual se colocaban las de los demas jefes de las tribus y de los vencidos. Nada más fácil para los conquis-

tadores, de cuya voluntad dependían poblaciones enteras, que mandar que los vencidos fabricasen palacios donde habían plantado sus tiendas, y que los fabricasen con uniforme regularidad. En estos campamentos fijos, queriendo el nómada conservar en lo posible los goces de la vida errante, comprendía ríos, vastos jardines y campos enteros entre uno y otro edificio. Por eso se levantaba tambien el puente de Babilonia por la noche, como podría hacerse entre dos campamentos hostiles, á fin de que el uno no saquease al otro. Marco Polo dice que la ciudad de Taidu, fabricada por Kublai-Kan, sucesor de Gengis-Kan, abrazaba un recinto de 10 leguas, siendo sus lados iguales en dimension, y estando rodeada de una muralla de diez pasos de ancha. Sus calles están perfectamente alineadas, las casas eran cuadradas, los palacios grandes y rodeados de patios y jardines, y al rededor había inmensos arrabales y hasta 25,000 mujeres públicas.

El Asia es en los tiempos modernos lo que fué en los antiguos, y para confundir al escepticismo, que niega todo lo que es maravilloso, subsisten todavía Pekin, Nankin y Delhi; subsisten las pirámides de Egipto, los hipogeos de Elefantina y la muralla de la China.

El terreno ofrecía materiales en el acto para la fábrica con la arcilla que se cocía al sol y en los hornos y con el betun que servía de liga; construcciones ménos sólidas que las del granito, pero que sin razon aseguran los historiadores que han perecido del todo. Los restos de Ninive han estado ocultos hasta nuestros días; de Echatana y Susa quedan poquísimos vestigios. Pero el cadáver de Babilonia, despues de haber sido hollado por tantos conquistadores y de haberse fabricado nuevas ciudades con sus reliquias, ocupa todavía la vasta extension de 18 leguas, donde pueden hallarse los vestigios de la torre y del templo de Belo, de los pensiles y del palacio de los monarcas.

Saliendo de Bagdad y costeano el Tigris se entra en las llanuras de Babilonia, desierto en medio de dos desiertos, donde sólo se encuentran ladrillos que los árabes van desde hace siglos á arrancar para construir con ellos sus casas y mezquitas. Su acumulamiento y las excavaciones forman extensos valles y grandes montañas en la perfecta llanura, entre las cua-

les serpentean aún los canales de Nabucodonosor y otros muchos medio obstruidos. La altísima muralla que Darío por castigo redujo á 150 piés, y que estaba toda almenada, como lo prueban las medallas, con la efigie del leon que vence al toro, y la del Júpiter de Tarso, esto es, Belo, está indicada todavía por montones de ladrillos vitrificados por el constante ardor del sol, y como si hubieran estado expuestos á un fuego violento.

A la derecha del Eufrates se descubren todavía los ocho diques que impedían las inundaciones, y pueden señalarse los restos del puente de Semíramis, de 220 metros de largo, con sus pilares tambien de ladrillos. Llámase Birs-Nemrod ó pueblo de Nemrod el monumento más antiguo de Babilonia, gran colina de escombros de más de 2,000 piés de circunferencia y coronada de una torre piramidal de 35 piés de altura, formada de ladrillos cocidos y donde se encuentran á cada paso vasijas barnizadas y esmaltadas, principalmente amarillas y azules. Este debía ser el templo de Belo, al cual dá efectivamente Estrabon un ámbito de 2,062 piés. Rich mandó hacer excavaciones en el punto donde los naturales del país dijeron que estaba el ídolo, y encontró un leon de granito, símbolo del poder asirio. Mignan, volviendo á aquellos sitios, halló destrozado este monumento de las artes primitivas, pero no lejos de allí descubrió una estatua colosal de granito y dorada.

Los jardines de Semíramis están indicados por un edificio en forma de anfiteatro, donde se levantan terrados figurando escalones, sostenidos por galerías que se apoyan en pilastras cuadradas, cuya cavidad está llena de tierra que alimentaba los grandes árboles. El techo está formado de cañas unidas entre sí con betun, sobre las cuales un suelo de ladrillos sostenía la tierra empapada en el agua que subía hasta allí por medio de ruedas y bombas ingeniosas. Otras máquinas movidas por el Eufrates servían para que las personas subiesen de un piso al otro.

Entre estas ruinas, llamadas todavía por los indígenas el palacio, los musulmanes, que no destruyen, pero que tampoco edifican ni plantan, dejaron subsistir un árbol para atar los caballos; único signo de vegetacion entre ce-

nizas y ruinas, cual si fuese un anciano que ha sobrevivido al exterminio de toda su familia. Es árbol extraño á aquellos climas é indígena de la India; la tradición cuenta que en un tiempo echaba flores, y su antigüedad induce é creerlo un resto de los paraísos que hermozeaban á Babilonia.

Figurémonos en vista de estas ruinas una inmensa ciudad toda regularmente dispuesta, con las casas esmaltadas por fuera, resplandeciendo á la luz del sol, y coronadas de una espesa cabellera de siempre verdes palmas y de las más lozanas y hermosas plantas de los trópicos, mientras mil barcos surcaban sus canales, mientras acudían de todas partes numerosas caravanas con multitud de camellos, con yeguas, con rebaños, y mientras desde las torres los astrónomos observaban el cielo y densas nubes de incienso perfumaban el aire. ¡Qué espectáculo! ¿Y ahora? Ahora tienen allí seguro asilo los buhos, los escorpiones y las peores razas de insectos; el chacal arrastra hácia una habitación del palacio de los Arbaces, el cadáver del caballo que ha espirado de fatiga en el desierto, y el león reposa seguro y tranquilo, como en su reino, allí donde Semíramis y Sardanápalo acumulaban delicias y riquezas. En ningún otro sitio se tocan tan de cerca los extremos de la magnificencia y de la desolación, ni aparece más manifiesta la maldición de Dios, que cuando Babilonia florecía en toda su soberbia, tronaba por boca del profeta Isaias: «El Señor y los instrumentos de su cólera vienen de lejos, de los extremos del mundo para destruirla. Llorad, que el día del Señor está cercano. Babilonia, la gloria de los reinos, el orgullo de los soberbios caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra. No volverá á levantarse, ni en ningún tiempo será habitada; los árabes no fijarán en ella sus tiendas, ni los pastores sus majadas; sólo servirá de guarida á las fieras del desierto; sus casas se verán llenas de grandes serpientes; la abubilla fabricará en ella su nido, y el avestruz saltará sobre los templos del deleite.»

Sin razón consideran los historiadores á los asirios tan sólo como guerreros, pues que Babilonia reinó no ménos con la conquista que con la industria y con la ciencia, y su influjo se sintió y se siente todavía en nuestro Occi-

dente. Los babilonios llevaban del Kerman, de la Arabia y de Siria el algodón con que tejían sus amplias vestiduras y sus preciosas alfombras; destilaban con grande arte aguas olorosas, y recientemente se han descubierto los cilindros babilónicos, piedras duras, naturales ó artificiales, de una á tres pulgadas de longitud, horadadas de parte á parte, y que, cualquiera que fuese su uso, tienen caracteres y figuras misteriosas, á la manera de los escarabajos egipcios.

La naturaleza de sus fábricas y materiales excluía las columnas, el más hermoso de los adornos arquitectónicos. Las construcciones subterráneas y de un edificio sobre otro parecen indicar que los babilonios conocían las bóvedas, pero ningún vestigio se encuentra de ellas entre las ruinas. Poco podía trabajar la escultura donde tan escasas eran las piedras; y los bajo-relieves que Diodoro menciona como existentes en el palacio de Semíramis, eran probablemente de barro cocido, como los que vemos en Italia, especialmente en los monumentos construidos por el estilo arquitectónico de Bramante. Aquellos ladrillos despues se cubrían de inscripciones generalmente por su lado inferior; y así los edificios eran archivos públicos y particulares como en Egipto; y acaso nos revelarán la más antigua civilización, cuando haya hecho mayores progresos la interpretación de los caracteres cuneiformes, que ahora está en la infancia.

Difícil es distinguir las instituciones propias de los babilonios de las que introdujeron los caldeos y despues los persas. En cuanto á estos últimos, su culto, más puro, se separa del babilonio lo bastante para no confundirlo con él, y sobre este punto hablaremos en el libro siguiente, en que tendremos que tratar del gran Zoroastro. Respecto de los caldeos nos inclinamos á creer que fueron gente tosca que adoptaron las instituciones babilónicas y usurparon su nombre; de lo cual nos parece ser una prueba exterior el encontrarlas conformes en los escritores bíblicos anteriores á Nabucodonosor, y en los que vinieron despues. De todos modos, con la incertidumbre á que nos reduce la escasez de documentos, examinaremos brevemente sus creencias.

Dos clases de divinidades tenían los babilo-

nios: los héroes divinizados y los astros. El culto de los astros parece el primero en que se extraviaron los hombres, y tiene en Babilonia la disculpa de la pura luz que despiden las estrellas en un cielo constantemente sereno. El vulgo veneraba los mismos cuerpos celestes, pero los sacerdotes solo reverenciaban los genios que los animaban; y uniendo á las ideas astronómicas una idea cosmogónica que encontraremos muy difundida en Oriente, según la cual el poder creador estaba representado por dos principios, uno varón y otro hembra, uno fecundador y otro fecundado, consideraban bajo este aspecto á Belo y á Milita, al sol y á la luna, reguladores de la vida, y de los cuales el primero daba la facultad de sentir, y el otro la de crecer.

Bel-Adad tiene por comitiva una serie de Belos, entre los que se cuentan Bel-Júpiter y Vel-Venus, astros propios; Bel-Saturno y Bel-Marte, astros maléficis; Bel-Mercurio, ya adverso ya propicio según las circunstancias, y todos andróginos reuniendo la fuerza activa que fecunda á la pasiva que produce. Treinta astros inferiores estaban considerados como dioses consejeros, la mitad encargados del gobierno de los lugares subterráneos, y la otra mitad del de los superiores. Agregábanse á éstos doce Señores de los dioses, los cuales presidían á los signos del zodiaco, y veinticuatro constelaciones, llamadas Jueces de las cosas universales.

Parece que adoraron también á los elementos, al Tigris y al Eufrates, y algunas divinidades nacionales como Nisroch, Anamelech, Thamus ó Adonis. La Escritura dice positivamente que divinizaron á los héroes y especialmente á Nemrod, además de otros varios genios protectores á quienes representaban en forma de palomas, peces y dragones en lucha con los genios malos, figurados con formas monstruosas.

En cuanto á la cosmogonía y á la metafísica, de lo poco que confusamente nos han transmitido los extranjeros, y el caldeo Beroso, podemos decir que los babilonios se dedicaron especialmente á estudiar el lado material de la creación, á diferencia de los bramanes que no se dedicaron más que á la idea. Según su doctrina, en el principio todo era un caos de tinie-

blas y materia húmeda que contenía animales monstruosos; apareció Belo ó dios, y dividiendo el cuerpo de la primitiva mujer Omorca (emblema de la naturaleza), formó con una mitad el cielo y con la otra la tierra, produciendo la luz que dió la muerte á los monstruos, hijos del caos, y haciendo suceder el orden á la confusión producida por aquéllos; por último, con su propia sangre y con la de los dioses inferiores, mezclada con la tierra, creó las almas de los hombres y de los animales, que son de origen divino; mientras los cuerpos celestes y terrestres se hicieron con la sustancia de Omorca, ó sea con la materia. Terribles acaecimientos atrajeron la ruina de la especie humana, y una nueva especie salió de la sangre de un dios que se sacrificó voluntariamente. Entonces apreció Oannes, pez-hombre, que saliendo diariamente del Mar Rojo, iba á predicar á los babilonios la ley y la sabiduría.

Estas son las tradiciones que nos ha transmitido Beroso, escritor del tiempo de Alejandro Magno, es decir, cuando los persas al cabo de dos siglos de dominación sobre los babilonios no podían conocer con exactitud sus doctrinas. Por lo demás, el sistema de su emanación que estas tradiciones nos revelan está muy lejos de los dogmas del Zendavesta.

Los caldeos combinaban tales alteraciones de la tradición primitiva con hechos astronómicos, suponiendo que los sucesos de nuestro planeta dependían de los movimientos del cielo; y así, al contrario de lo que hacían los magos y los bramanes, daban predominio á la materia sobre el espíritu; pues mientras los indios consideraban al universo como un inmenso espectáculo en que Dios se ofrecía así propio, y mientras los persas veían en él una continua lucha entre el principio del bien y del mal, la religión astronómica de los caldeos no encontraba en la naturaleza sino una inalterable armonía.

Si se tiene en cuenta la veneración con que miraban los dos principios generadores, no se extrañará que en sus fiestas públicas paseasen con solemne pompa los símbolos obscenos del Falo y del Cteis. Sacrificaban á los dioses víctimas algunas veces, y les ofrecían en holocausto criaturas humanas, y uniendo á la barbarie la inmoralidad, obligaban á todas las mujeres

prostituirse, á lo ménos por una vez, en el templo de Milita, á un extranjero, el cual les daba el precio de su oprobio exclamando: *Suplico á la diosa Milita que te sea propicia*. Hechos tan contrarios á las costumbres de hoy día no pueden ser negados como imposibles por quien sabe cuánto ha alterado el extenso comercio en todas partes las relaciones entre los sexos, y cuantos ejemplos se ofrecen á los viajeros de costumbres semejantes. ¡Tanto delira el hombre abandonado á sí mismo, que de esta querida y preciosa mitad del género humano hace una amiga, una compañera, una divinidad, ó bien un instrumento, una mercancía, un animal de regalo, una bestia de carga ó una víctima espiatoria!

Más dificultad nos cuesta el creer á los historiadores cuando dicen que esto no impedía á las mujeres el ser castísimas en el matrimonio, y que en vez de vivir separadas de los hombres á la oriental, se sentaban á la mesa hasta con los extranjeros, honradas como esposas y como madres. Las hermosas se vendían en almohada, y con el producto se formaba el dote para las feas; y si el matrimonio no prosperaba, se disolvía restituyendo el precio. Un tribunal nombrado al efecto estaba encargado de colocar á las doncellas y de castigar los adulterios.

Otros, por el contrario, nos hablan de obscenos convites, en que no sólo las bayaderas, sino también las mujeres é hijas de los más ilustres ciudadanos se despojaban del pudor al mismo tiempo que de los vestidos.

Las personas cultas y los magistrados formaban la clase de los magos, cuyas funciones y derechos eran hereditarios; pero uno podía ser admitido por adopción, como lo consiguió el hebreo Daniel. La doctrina que se conservaba entre ellos era mucho más pura que la popular; creían en la inmortalidad del alma, considerándola como una emanación de la pura luz increada; y admitían una Providencia que dirigía el universo, pero gobernándolo solamente con relación al hombre, de donde procedieron los errores de la astrología.

Esta clase sacerdotal, que se hizo venerable por medio del misterio, gozaba de grandes honores, y era reputada por muy científica, principalmente en materias de astronomía. Dícese que los magos dividieron desde entonces el zo-

díaco en 30 grados y cada grado en 30 minutos; que calcularon el año en 365 días y poco ménos de seis horas, y que conocieron que las estrellas eran excéntricas respecto de la tierra. La torre famosa que sin duda les sirvió para sus observaciones, presentaba en su base y en su altura la medida del estadio caldeo, el cual es $\frac{1}{1119}$ de grado, ó sean 5702 toesas, 1 pié, 9 pulgadas y 6 líneas; de suerte que apenas hay 63 toesas de diferencia entre esta medida y la de la tierra, según los académicos franceses. Aquiles Tacio (en verdad testigo tardío) afirma que los babilonios calcularon que un hombre, corriendo á buen paso, podría seguir al sol en su carrera al rededor del globo, y llegaría al mismo tiempo que él al punto equinoccial. También parece que conocieron el gnomon solar.

Mas por desgracia hacían servir la astronomía para sus imposturas, y para adivinar el porvenir por el aspecto de las constelaciones, obligando á sus discípulos á someter ciegamente la razón á la autoridad.

La magnificencia del templo de Belo, nos da una idea de la esplendidez de su culto, en que se llevaban en procesion ídolos de oro y de plata, adornados de vestidos y joyas y á los cuales se ofrecían regalos de manjares. Junto á los diversos templos habitaban personas de oficios y artes diferentes; cerca de los de Saturno vivían los agricultores, los matemáticos y los astrólogos; á la inmediación de los de Venus, las mujeres, los poetas, los músicos; los escultores; y en las cercanías de los Júpiter, los doctos y los magistrados.

De dos fiestas principales hacen mención las historias, una en honor de Belo, donde según Herodoto, se gastaban cerca de mil talentos en incienso, y la otra semejante á las saturnales, en la cual los esclavos hacían el papel de amos. Este rito, si me es permitida una conjetura, dependía quizá de una creencia popular entre los pueblos adoradores de la naturaleza, según la cual, era posible detener el curso del sol cubriendo de ligaduras sus imágenes. De esta manera representaban la alternativa de debilidad y de vigor que los griegos simbolizaron en Hércules, ora vencedor de los leones y de los gigantes, ora afeminado á los piés de Yola. Los fenicios y los italianos tenían generalmente encadenadas las imágenes de Malcar-

te y de Saturno; y cuando las desataban en los días más largos del año, celebraban la libertad, suavizando la suerte de los esclavos. En Cidonia de Creta los habitantes dejaban la ciudad, y los siervos, entrando en posesión de los bienes, podían hasta apelar á los hombres libres; y en Egipto, Hércules daba libertad á los esclavos que se refugiaban en su templo de Canope.

CAPITULO V.

LOS HEBREOS.

Hebreos nómadas.

Aun independientemente del orden en que la fé nos presenta los sucesos, el historiador debe fijar especialmente su atención en un pueblo maravilloso, que á la misión religiosa une la misión política de conservar lo pasado y preparar el porvenir con las creencias que partiendo de su seno van á civilizar la mejor parte del mundo; pueblo que por medio de una serie no interrumpida, enlaza la más apartada antigüedad con el porvenir más remoto. Sus anales, depósito de las tradiciones del género humano; anteriores por lo ménos á la división de los hebreos en dos familias; conservados en su integridad por el privilegio de la inmortalidad, y adoptados como regla de fé por los países más cultos, han sido discutidos y comentados de mil maneras en todos tiempos; y ni aún la crítica más hostil ha podido negar que tienen demasiada sencillez para poder ser obra de un impostor, y demasiada sabiduría para poder ser obra de un ignorante ó iluso.

Siguiendo estos anales, hemos observado los primeros pasos del género humano hasta que se dispersó sobre la superficie de la tierra. Moisés nos señala también los padres de los diversos pueblos, y los lugares donde se establecieron; pero no destinando su libro á satisfacer la curiosidad, sino á conservar la religión y la nacionalidad, se contenta con determinar claramente el origen de su pueblo y de las pocas tribus de los fenicios sus contrarios, ó de los árabes sus aliados. Tomar, pues, el Génesis por fundamento etnográfico, sería tanto como tomar la lengua hebrea por fuente de todas las lenguas.

Entre los descendientes de Sem distingue Moisés á Heber, de quien proceden los hebreos;

después á Taré, que fué padre de Nacor, Aran y Abraham. Entre los pueblos que habían perdido la senda de la verdad, quiso Dios elegir uno á quien gobernar con especial providencia para hacerlo depositario de las tradiciones y de las promesas. Este pueblo fué el hebreo, á cuya cabeza puso á Abraham. Pasó Abraham el Eufrates con su populosa tribu y sus innumerables ganados, á la manera que todavía lo hacen los beduinos, y se trasladó á la tierra de Canaan, prediciéndole Dios que llegaría á ser padre de una generación infinita, y que en él serían bendecidas todas las naciones. Con la promesa de que el Redentor del género humano nacería de este pueblo, se unió al vínculo del origen comun el de la comun esperanza; y la religión llamada de la naturaleza se desarrolló tomando las proporciones de religión de la ley.

Abraham, después de haber obtenido grandes riquezas en oro y en plata, estableció la circuncisión para distinguir á su tribu de las demas, abrió pozos, fué respetado por los demas jeques, y habiendo el rey Codorlaomor llevado esclavo á Lot, su sobrino, armó trescientos diez y ocho de sus siervos, derrotó al enemigo y libertó á su pariente cautivo. Acogía hospitalariamente á los que se presentaban en su tienda; en seguida les daba agua para lavarse los piés, y corría á escoger en la vacada el becerro más gordo y más tierno, mientras Sara, su mujer, amasaba la harina y cocía las tortas bajo la ceniza.

Sara, no pudiendo darle sucesores, le llevó la esclava Agar, á quien Abraham hizo madre de Ismael. Su fecundidad ensoberbeció á la sierva, tanto que Abraham, dándole un pan y un odre de agua, la arrojó al desierto. Ismael fué padre de los árabes, los cuales todavía pretenden tener derecho para robar porque su patriarca fué desheredado.

Sara, después, siendo de edad avanzada, dió á luz á Isaac; y habiendo éste crecido en años, Abraham envió á buscarle mujer entre sus parientes. Su siervo Eleazar, después de haber jurado sobre el muslo de su amo, se dirigió con diez camellos cargados de regalos á la Mesopotamia; y deteniéndose á descansar á la vista de la ciudad de Nacor, vió salir una bellísima doncella que iba á llenar su cántaro de agua. Elea-